

MATÍAS MAIELLO

## PROCESOS DE MOVILIZACIÓN Y DESMOVILIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA: UN DEBATE DE ESTRATEGIAS

Desde la crisis de 2008 y el comienzo de la fase terminal de la hegemonía neoliberal –aunque no del neoliberalismo en sí–, los procesos de movilización y las revueltas son parte ineludible de la situación mundial. Han tenido lugar grandes ciclos internacionales de la lucha de clases. El primero lo abrió la llamada «Primavera Árabe» en 2011. Fueron procesos contra dictaduras, atravesados por violentos enfrentamientos. Egipto fue su punto más alto. El movimiento de la Plaza Tahrir terminó marcando el inicio de un proceso revolucionario, pronto cerrado a sangre y fuego. En Europa, este ciclo se expresó con revueltas mayormente pacíficas como la de los «indignados» del 15M español. En una situación de crisis mayor, como la de Grecia en 2010, derivó en un proceso de lucha de clases más agudo que fue desviado. Siguió movimientos como el de la Plaza Taksim en Turquía o el masivo junio de 2013 en Brasil.

El segundo ciclo arrancó con la irrupción de los «chalecos amarillos» en Francia, hacia finales de 2018. A diferencia de los “indignados”, partió de un nivel de lucha de clases superior y más violenta, con una represión que hacía tiempo no se veía en las democracias imperialistas de Occidente. Este ciclo se extendió por diferentes puntos del globo: Chile, Colombia, Ecuador, Bolivia, EE. UU., el España, Argelia, Sudán, Haití, Hong Kong, Myanmar, entre otros países. Según el relevamiento del *Center for Strategic Studies* (CSIS) titulado “The age of mass protest”<sup>1</sup>, en los últimos meses de 2019, se contabilizaron 37 países que tuvieron protestas de masas antigubernamentales. Este número nos dice poco de las características de cada proceso, pero sirve para graficar su extensión.

En la actualidad, luego del receso relativo en el marco de la pandemia de covid-19 y las cuarentenas, podemos decir que se está configurando un tercer ciclo de lucha de clases enmarcado en el escenario de la guerra en Ucrania. Esta vino a acentuar las condiciones de crisis, con sus profundas consecuencias globales (no solo geopolíticas, sino también en términos de inflación, endeudamiento, abastecimiento de granos y energías). La rebelión en Sri Lanka, iniciada en abril de 2022, ya fue producto genuino de la nueva situación mundial<sup>2</sup>. Otro de los principales procesos estalló en Irán, a partir del asesinato de Mahsa Amini como catalizador de una profunda crisis política, económica y social<sup>3</sup>. En el comienzo de 2023, se suman las masivas movilizaciones con paros generales en Francia contra la reforma previsional de Macron<sup>4</sup>. En

---

<sup>1</sup> Christian Stirling Haig, Katherine Schmidt y Samuel Brannen, “The Age of Mass Protests: Understanding an Escalating Global Trend”, en *Center for Strategic and International Studies*, marzo 2020.

<sup>2</sup> Philippe Alcoy, “La crisis en Sri Lanka muestra las consecuencias de la pandemia y la guerra en Ucrania”, en *La Izquierda Diario*, 16 de mayo de 2017, disponible en <https://www.laizquierdadiario.com/La-crisis-en-Sri-Lanka-muestra-las-consecuencias-de-la-pandemia-y-la-guerra-en-Ucrania>.

<sup>3</sup> Shirin Kamangar, “Life That Resists Death. The People of Iran Rise Up”, en *Spectre Journal*, 1° de octubre de 2022, disponible en <https://spectrejournal.com/life-that-resists-death>.

<sup>4</sup> Juan Chingo y Paul Morao, “Le caractère politique du 19 janvier et les perspectives pour gagner face à Macron”, en *RP Dimanche*, 22 de enero de 2023, disponible en <https://www.revolutionpermanente.fr/Le-caractere-politique-du-19-janvier-et-les-perspectives-pour-gagner-face-a-Macron>.

América Latina, tenemos el levantamiento contra el golpe institucional en Perú que amenaza con convertirse en el centro de este tercer ciclo en la región, así como Chile lo fue en 2019.

A pesar de las grandes diferencias que existen entre los procesos, y sin ánimo de disminuirlas, optamos por hablar de «ciclos» de lucha de clases para indagar sobre ciertas características comunes. Lo hacemos bajo una serie de consideraciones. Por un lado, que la demostración de que un estado de cierta importancia es vulnerable a las exigencias del movimiento de masas suele contribuir a la posibilidad de plantear exigencias similares en otros estados. A su vez, determinados procesos ponen en circulación ciertas ideas e, incluso, ciertas «técnicas» entre los protagonistas de los diferentes procesos.<sup>5</sup> Estos aspectos, que podríamos llamar «de contagio», se encuentran potenciados en la actualidad por el desarrollo de los medios de comunicación de masas en todas sus formas. Tuvieron un papel muy importante en el desarrollo de la Primavera Árabe, pero también en el impacto de esta sobre Europa a partir del 15M español, así como en la proliferación de los procesos que atravesaron América Latina durante 2019.

Por otro lado, el estado actual de internacionalización del capitalismo dio cierto marco común a los diferentes ciclos. Si tomamos los dos primeros, el trasfondo de los procesos no fueron catástrofes de la magnitud de las que hubo durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, la crisis histórica del capitalismo que estalló en 2008 solo pudo ser sobrellevada acumulando nuevas contradicciones, y gracias a una intervención estatal masiva para salvar a los grandes bancos y corporaciones a costa de las condiciones de vida de las mayorías. Así, primero por las consecuencias directas de la crisis y luego por la forma en que esta fue canalizada, se acentuó un escenario configurado por décadas de ofensiva imperialista y saltos en la internacionalización del capital con la denominada globalización. El mismo fue dejando, junto a una minoría de «ganadores», a una mayoría cada vez más amplia de «perdedores».

Dentro de estos últimos es posible identificar dos sectores diferentes que protagonizaron los ciclos de la lucha de clases. Uno que podríamos llamar, a falta de una denominación más ilustrativa, el de los «perdedores relativos» de aquella globalización, los que de alguna manera lograron algún avance (aunque más no sea salir de la pobreza) y vieron sus expectativas de progreso frustradas por la crisis. Y otro gran conjunto que podríamos denominar el de los «perdedores absolutos»: sectores empobrecidos, precarizados, cuando no desempleados, especialmente de la clase trabajadora, muchos de ellos jóvenes que quedaron virtualmente por fuera del «pacto social» neoliberal.

Si en el primer ciclo de lucha de clases (2010-2013), a excepción de la Primavera Árabe, el protagonismo en los procesos lo tuvieron los perdedores relativos, en el segundo ciclo la entrada de aquellos perdedores absolutos marcó en buena medida la tónica de los procesos. Ambos sectores formaron la argamasa que dio cuerpo a las protestas del ciclo 2018-2021, siendo la irrupción de los perdedores absolutos lo que le otorgó un carácter distintivo, más explosivo y violento. Sin embargo, ambos ciclos compartieron una característica fundamental: la primacía de la dinámica de la revuelta.

La guerra en Ucrania y las crecientes tensiones geopolíticas –con las consecuencias que conllevan en el plano político, social y económico internacional– vino a acentuar aquel escenario, dando un nuevo trasfondo al actual tercer ciclo de lucha de clases, cuyas consecuencias, en cuanto a la profundidad y radicalidad de los procesos, comienzan a insinuarse. En cualquier caso, las conclusiones que podamos extraer de los ciclos anteriores son un punto de partida fundamental de cara a los procesos actuales y futuros.

En estas líneas vamos a concentrarnos en el «capítulo latinoamericano» de estos procesos, aunque sin privarnos de tomar como referencia conclusiones más generales de la lucha de clases reciente que trascienden las fronteras de la región y resultan pertinentes. Lo haremos en torno a las siguientes preguntas:

---

<sup>5</sup> Charles Tilly, *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 2000, p. 32.

¿qué características tuvieron los procesos de lucha de clases del ciclo 2018-21 en América Latina, que en esta región comienza, más precisamente, en 2019? ¿Qué relación guardan los gobiernos «progresistas» o «populistas de izquierda» latinoamericanos con los procesos de movilización y desmovilización de los últimos años? ¿Qué conclusiones estratégicas podemos establecer de cara a lo que viene? Comencemos por la primera.

### ¿De qué hablamos cuando hablamos de revuelta?

En *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Charles Tilly presenta gráficamente la diferencia entre revuelta y revolución a través de dos variables: “transferencia del poder” y “división en la comunidad política”. Esta última variable está presente en ambos casos, pero a diferencia de la revolución, que se caracteriza por la “transferencia del poder”, la revuelta no. En términos marxistas, hablaríamos de *transferencia del poder de una clase a otra*, donde una clase antes subordinada pasa a ser dominante. Dicho esto, cabe aclarar dos cuestiones. La primera, en relación a la revolución: es necesario distinguir entre un *resultado revolucionario* y una *situación revolucionaria* donde el choque entre las clases aún puede tener finales diversos, y por ende, no dar lugar a aquella transferencia del poder que mencionábamos. La segunda, en relación a la revuelta: que no haya transferencia de poder no significa que no puedan caer gobiernos, por ejemplo, el del «gobernador» de Puerto Rico, Ricardo Roselló, en 2019 (más globalmente también vimos en 2019 la caída de Bouteflika en Argelia o Al Bashir en Sudán). Sin embargo, las caídas de gobiernos se dan en el marco de la continuidad de regímenes repudiados por las masas, a lo sumo mediando un recambio más o menos amplio del personal político.

Pero si hay situaciones revolucionarias que no tienen un resultado revolucionario, ¿dónde reside su diferencia específica con las revueltas? Digamos que, a diferencia de las revoluciones, las revueltas no adoptan como objetivo reemplazar el orden existente sino presionarlo para obtener algo. Ahora bien, es necesario señalar que esta *presión* ejercida por las revueltas puede llegar a niveles muy extremos y violentos; y que, en las revoluciones, las masas que irrumpen en el escenario político no lo hacen con un plan preconcebido de sociedad nueva que quieran imponer. Pero hay un elemento que distingue a las revoluciones, y es la existencia de un sentimiento claro, profundo, de la imposibilidad de seguir soportando las condiciones que impone la vieja sociedad. En buena medida, la diferencia está determinada por los cambios en la subjetividad de las masas. Esto no significa que cualquier revuelta pueda derivar en revolución, la cual implica condiciones excepcionales –independientes de la voluntad de individuos y partidos– para arrancar aquel descontento de las cadenas del conservadurismo. No obstante, lo dicho muestra cuán difusa es la frontera que las separa.

Para situar el concepto de revuelta de cara a los procesos recientes, Donatella Di Cesare retoma la famosa anécdota en que Luis XVI, la noche del 14 de julio de 1789 luego de la toma de la Bastilla, le pregunta supuestamente al duque de La Rochefoucauld-Liancourt “¿Es una revuelta?” y este le responde: “No, señor, es una revolución”; respuesta que, de algún modo, está en los anales del significado moderno de *revolución*. La autora agrega que esta anécdota muchas veces es leída en el pensamiento político como una antinomia, como si la revolución, para ser reconocida, tuviera que contraponerse a la revuelta.<sup>6</sup> El señalamiento que hace es sumamente pertinente. Si es ilusorio que la revuelta pueda reemplazar a la revolución<sup>7</sup> como medio para que una clase oprimida pueda transformarse en clase dominante, también lo es pensar que existe un muro entre ambas.

<sup>6</sup> Cf. Donatella Di Cesare, *El tiempo de la revuelta*, España, Siglo XXI, 2021 (ed. digital).

<sup>7</sup> Matías Maiello, “La ilusión de la revolución a través de la revuelta”, en *Ideas de Izquierda*, 17 de noviembre de 2019, disponible en <https://www.laizquierdadiario.com/La-ilusion-de-la-revolucion-a-traves-de-la-revuelta>.

El punto es que, ni *la revuelta ya es una revolución*, ni tampoco *la revuelta ya no ha de ser una revolución*. Ambas aproximaciones estáticas impiden ver los indicios que iluminan las futuras revoluciones del siglo XXI. Tampoco necesariamente –es muy importante aclararlo– toda revolución debe iniciarse como revuelta: que en los últimos tiempos suceda de ese modo, también responde a una serie de cuestiones estratégicas, algunas de las cuales nos proponemos problematizar aquí. Ahora bien, las revueltas contienen en sí la posibilidad de superación de ese estadio de acciones de resistencia o actos de presión extrema. Pueden ser momentos de un mismo proceso que abra una revolución o no. Depende de su desarrollo y, especialmente, de si el movimiento de masas puede ir más allá en su conciencia y organización.

### **Características generales del ciclo de lucha de clases 2018-21**

Sin adentrarnos en un análisis pormenorizado o en un estudio comparativo propiamente dicho, al analizar la fisonomía de las revueltas del ciclo 2018-2021, encontramos algunas características fundamentales que hacen a problemas estratégicos. La primera de ellas es que el movimiento de masas adopta, en la mayoría de los casos, un carácter «ciudadano». Con esto no queremos decir que luchen exclusivamente por la conquista de derechos civiles o políticos. Si bien este tipo de demandas están muy presentes, se combinan con demandas sociales que, en muchos casos, remiten a cuestiones estructurales del capitalismo actual (los «servicios públicos», la gentrificación, la precarización laboral, las pensiones, etc.). Cuando señalamos el carácter «ciudadano», nos referimos principalmente a la expresión atomizada y, en buena medida, desorganizada del movimiento. Las redes sociales y las nuevas tecnologías, que en los recientes procesos han sido muy útiles desde muchos puntos de vista para el desarrollo de los movimientos –por ejemplo, en el caso de Chile (2019) o de Colombia (2019, 2020 y 2021), en torno a las denuncias de represión que impulsaron a la masificación de las luchas–, también contribuyeron a la lógica de la atomización mediante grandes convocatorias que se viralizaban, pero que no generaban, al mismo tiempo, espacios de deliberación y organización.

Una segunda característica que podemos encontrar se refiere a la disposición geográfica de los puntos de concentración de la revuelta. Encontramos una particular ocupación del *espacio público*. La ocupación de *las plazas* fue un elemento distintivo de muchas de las revueltas de los últimos años, pero estuvieron lejos de sostenerse y consolidarse gradualmente como espacios de resistencia. Desde el punto de vista de la lucha de clases, en cada una de *las plazas* quedaron evidenciadas realidades diferentes. Por ejemplo, en el caso de Chile en 2019, donde la ocupación de la Plaza Italia fue recurrente, vimos que, a diferencia de otros procesos que tuvieron lugar en Europa –por ej., la ocupación de la Puerta del Sol en Madrid con los Indignados (2011), o la Plaza de la República en París con el *Nuit debout* (2016)–, los choques finales en cada movilización, producto de la represión de carabineros, fueron una constante que incidió en la articulación de las propias acciones. Por otro lado, podemos distinguir entre «las plazas» en el propio Chile, donde la Plaza Italia era el espacio «permitido» para las manifestaciones, en contraposición a la «blindada» Plaza de la Constitución, donde se encuentra el Palacio de la Moneda, que en ningún momento del proceso los manifestantes pudieron ocupar.

Una tercera característica surge de entrelazar la idea de *espacio público*, en una aproximación más amplia, con la geografía económico-social. Desde este ángulo vimos que en los procesos fueron cobrando protagonismo también los suburbios y las zonas periurbanas, como en los enfrentamientos de los jóvenes en «las poblaciones» con los carabineros y el ejército en Chile en 2019, o los cortes de ruta en Colombia en 2021, que fueron nodos fundamentales del levantamiento y en muchos casos de la represión. Como trasfondo, está el fenómeno de la expulsión de buena parte de la clase trabajadora de los grandes centros urbanos hacia la periferia, que para el caso de Francia ha sido expuesto por el controvertido geógrafo

Christophe Guilluy en su libro *No Society*.<sup>8</sup> En estas periferias, a partir del proceso de gentrificación, se concentran sectores empobrecidos, precarizados, desempleados, con un gran componente juvenil, que quedaron virtualmente por fuera del «pacto social» neoliberal. Estos sectores fueron los que imprimieron, en buena medida, la tónica más violenta en los procesos.

Como cuarta característica a destacar, la mencionada fragmentación geográfica se corresponde con el proceso de fragmentación social, dando lugar a una clase trabajadora mucho más heterogénea y dividida entre efectivos, contratados, tercerizados, sin contrato, desocupados, etc. Esta fragmentación es necesario relacionarla con la de las organizaciones del movimiento de masas (sindicales, estudiantiles, sociales) y su estatización. Conservan mucha actualidad, en este sentido, los análisis de Antonio Gramsci o León Trotsky sobre la formación de amplias burocracias estatales y «privadas» (político-privadas, de partidos y gremios) que pasan a cumplir funciones de organismos de «policía política» en relación a sus bases.<sup>9</sup> Estos elementos son de primer orden a la hora de entender la dinámica de la revuelta, en cuanto a la relación entre el movimiento obrero, el estudiantil, el de mujeres, el medioambiental, el indígena y los movimientos sociales en general; y en cuanto a los constantes intentos de moderar los ribetes más radicales de las protestas. Lo vimos en el caso de Ecuador (2019), cuando la CONAIE retiró de las calles de Quito al movimiento indígena en el momento más álgido de los enfrentamientos contra el gobierno. También en Chile (2019), donde la Mesa de Unidad Social pugnó por entrar al diálogo con el gobierno de Piñera, mientras en las calles resonaba el “¡Fuera Piñera!”; lo mismo que en Colombia (2021), donde el Comité Nacional del Paro contribuyó a mantener una fachada de diálogo con el gobierno de Duque –que no prosperó– mientras este redoblaba la represión.

### Procesos de movilización y desmovilización

Hace varios años que América Latina está atravesada por elementos de «crisis orgánicas» en diversos países. Retomando las definiciones de Gramsci, podemos decir que “en cada país el proceso es diferente, aunque el contenido sea el mismo [...] la crisis de hegemonía de la clase dirigente”<sup>10</sup>. Si tuviéramos que fechar el comienzo de estas tendencias, sería apropiado ubicarlo a partir de 2013/14, que marca el inicio de la época de vacas flacas para la región con el fin del *boom* de las *commodities*. Es en este marco que se da, desde 2019, la irrupción de la lucha de clases, de la mano de levantamientos y revueltas en Chile, Ecuador, Colombia y Bolivia (frente al golpe cívico-militar), entre otros.

La clave para desactivar estas revueltas no fue la represión, si bien la hubo –y fuerte en algunos casos–, sino el papel desmovilizador de los liderazgos políticos y sociales. A aquel ciclo le siguió la nueva «oleada rosa» de gobiernos posneoliberales o progresistas en América Latina. La llegada a la presidencia de Gabriel Boric en Chile, el retorno del MAS en Bolivia con Luis Arce, el ascenso de Petro Castillo en Perú, se sumaron a la victoria de AMLO en México y de la fórmula Alberto Fernández-Cristina Kirchner en Argentina. Más recientemente tuvo lugar la victoria de Gustavo Petro en Colombia. La llegada de Lula a la presidencia de Brasil –en compañía de Geraldo Alckmin– ha completado el panorama. Sin embargo, este mapa se enmarcó y se enmarca en un derrotero de inestabilidad y crisis que viene acompañando a estos nuevos gobiernos.

<sup>8</sup> Christophe Guilluy, *No Society. El fin de la clase media occidental*, Madrid, Taurus, 2019.

<sup>9</sup> Antonio Gramsci, “El cesarismo” (Q13, §27), en *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, México, Era, 1999, p. 66.

<sup>10</sup> Antonio Gramsci, “Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en períodos de crisis orgánica” (Q13, §23), en *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, *op. cit.*, p. 52. Es importante remarcar que, en relación a la categoría de crisis orgánica, es motivo de debate hasta qué punto esta se superpone con características más o menos permanentes de los países semicoloniales –para los cuales no fue formulada originalmente–, por ej., cuestiones señaladas por Gramsci en la definición del concepto como el retroceso de los mecanismos electorales de la democracia parlamentaria en favor del peso de “la burocracia (civil y militar)” o las “altas finanzas” (capital financiero), que en las semicolonias vienen dadas por la debilidad relativa propia del estado y la burguesía local.

¿Qué relación podemos establecer entre ambos fenómenos? Álvaro García Linera había propuesto una tesis: “La presencia y densidad de grandes movilizaciones sociales, que preceden o acompañan a las victorias electorales progresistas, es determinante para comprender la radicalidad y margen de acción de los gobiernos”. A partir de ella distingue: “De un lado, en países como Argentina, Bolivia, Honduras y probablemente Brasil, vemos un regreso al gobierno con victorias que no han llegado acompañadas de grandes movilizaciones sociales. Del otro lado, en países donde la izquierda triunfa por primera vez, como es el caso de Perú, Chile y probablemente Colombia, el ascenso electoral cabalga sobre grandes movilizaciones sociales contra el viejo régimen de alianzas conservadoras gobernantes”<sup>11</sup>.

Sin embargo, la tesis de “a mayor movilización mayor radicalidad de los gobiernos”, que parecería ser cierta en abstracto, no da cuenta del cuadro latinoamericano. Ni la trayectoria gubernamental que tuvo Castillo, ni la de Boric, la sustentan. Tampoco la de Petro. A su vez, el cuadro descrito por Linera tampoco da cuenta de la enorme movilización que enfrentó al golpe en Bolivia, ni de las jornadas de diciembre de 2017 en Argentina, que, aunque de mucha menor intensidad, hirieron gravemente al gobierno de Macri. Es que la tesis de Linera establece una determinada relación «expresiva» entre la movilización y los gobiernos que surgen. En realidad, lo que se ha visto es que la movilización devalúa el elemento restaurador de la autoridad estatal que los gobiernos progresistas llevaron y llevan en su ADN.

El propio García Linera, en su momento, analizó los ciclos de movilización y desmovilización en Bolivia. Describió un ascenso entre 2000 a 2009 y luego una declinación gradual, signada por el abandono de las demandas universales y por la «fragmentación corporativa» y «sectorialista» de las luchas. Desde esta óptica, emparentaba las movilizaciones de la derecha –a las que el MAS cedió– con luchas como la del TIPNIS, que puso sobre la mesa una violación a los derechos de los pueblos indígenas, o los enfrentamientos con la Central Obrera Boliviana. Como conclusión, en aquel entonces planteaba la necesidad de debilitar “los focos de ideología privatizante, corporativista y exclusivamente salarialista que aún están presentes, especialmente por la acción de residuos de la derecha partidaria y del trotskismo”<sup>12</sup>. Desde esta óptica, el MAS contribuyó a desmoralizar a sectores de su propia base social y a fortalecer a la derecha, la verdadera, que en 2019 pasaría a la ofensiva con el golpe.<sup>13</sup>

En nuestra interpretación, el primer ciclo de gobiernos posneoliberales configuró un amplio y creciente proceso de desmovilización. O más precisamente, avanzó en la integración y subordinación de las organizaciones del movimiento de masas al estado. Más allá de los aspectos particulares que diferencian cada proceso –y Bolivia, con la reivindicación cultural histórica indígena, es un caso muy especial– podríamos decir, en términos generales, que en un primer momento este proceso de desmovilización se dio en el marco del retroceso del imperialismo en la región, y a partir de un ascenso económico que permitió el mejoramiento de ingresos –desde un piso bajo, producto del retroceso de la etapa anterior–, de los índices de empleo –sobre la base de la precarización– y de la asistencia estatal –en condiciones de alta pobreza estructural–. En un segundo momento, marcado por la mayor disputa entre EE. UU. y China en la región, así como por el declive del ciclo económico, lo hizo poniendo un límite a aquellas expectativas y buscando disciplinar a los sectores que se oponían a ello.

Desde este ángulo, la relación entre el nivel de movilización y la radicalidad de los gobiernos que establece García Linera se hace mucho más compleja. Los gobiernos progresistas no guardan una relación expresiva

<sup>11</sup> “Si el progresismo detiene sus bríos igualitarios se convertirá en un jugador de segunda”, entrevista de Ayelén Oliva a García Linera, en *Diario.ar*, 21 de febrero de 2022, disponible en [https://www.eldiarioar.com/latinoamerica/alvaro-garcia-linera-exvicepresidente-bolivia-si-progresismo-detiene-brios-igualitarios-convertira-jugador-segunda\\_128\\_8765617.html](https://www.eldiarioar.com/latinoamerica/alvaro-garcia-linera-exvicepresidente-bolivia-si-progresismo-detiene-brios-igualitarios-convertira-jugador-segunda_128_8765617.html).

<sup>12</sup> Álvaro García Linera, *Las tensiones creativas de la revolución quinta fase del proceso de cambio*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011, p. 62.

<sup>13</sup> Matías Maiello, “Bolivia: lucha de clases y posiciones estratégicas”, en *Ideas de Izquierda*, 24 de noviembre de 2019, disponible en <https://www.laizquierdadiario.com/Bolivia-lucha-de-clases-y-posiciones-estrategicas>.

con los procesos de movilización, sino más bien están llamados a cumplir una función arbitral entre las exigencias de la subordinación imperialista de los países latinoamericanos y el impulso del movimiento de masas. En este sentido, la tesis de Linera no se dio en Chile, donde Boric se ha asimilado progresivamente a la vieja Concertación. Tampoco se dio en Perú, donde Castillo, desde los primeros meses de su presidencia, fue girando hacia la continuidad de las políticas de ajuste neoliberal, bajo presión de la derecha.

La tesis de Linera no se verificó, no porque el autor haya sobreestimado la magnitud de las movilizaciones que hubo, sino porque sobreestimó la capacidad de arbitraje de este tipo de gobiernos en el actual contexto de crisis, donde se conjugan la acción del movimiento de masas –que viene protagonizando importantes procesos de lucha de clases–, y la mayor presión imperialista producto de la crisis y la competencia sino-norteamericana, ahora agravada por la guerra.<sup>14</sup>

En este marco, es necesario remarcar que la mayor estabilidad de los regímenes democrático-burgueses en la región en las últimas cuatro décadas es solo relativa a cuando los golpes militares eran moneda corriente. La generalización de este tipo de regímenes fue acompañada por la llamada “inestabilidad presidencial”. El politólogo Pérez-Liñán, en su clásico libro *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad en América Latina*, planteaba el cambio en los siguientes términos: “En un contexto internacional que no veía con buenos ojos las intervenciones militares en política, las élites políticas se vieron forzadas a encontrar caminos constitucionales –o por lo menos pseudoconstitucionales– de resolver sus disputas”<sup>15</sup>.

Ahora bien, desde el golpe en Honduras de 2009, esta premisa, aunque sigue siendo la regla, se fue debilitando. Pegó un salto con el golpe institucional de 2016 en Brasil, donde si bien se continuó la línea de «juicio político», se planteó una novedad al incorporar masivamente militares al gobierno. El golpe cívico-militar de 2019 en Bolivia expresó otro salto en ese sentido, a pesar de que un sector del MAS, a través del parlamento, garantizó que se diera en el marco cierta continuidad institucional. El actual golpe institucional en Perú vuelve a marcar esta tendencia, combinada con una violenta represión frente al embate de sectores del movimiento de masas. Junto con la frustrada acción golpista en Brasil de enero de 2023, dan cuenta de un terreno cada vez más propicio a las «soluciones de fuerza».

### **Más allá del péndulo político latinoamericano**

En este escenario latinoamericano, se termina configurando una especie de ecosistema de reproducción de los regímenes burgueses en crisis con fuerzas de derecha y ultraderecha, por un lado, y progresismos y populismos de izquierda, por otro. Si para analizar la relación de fuerzas limitamos nuestra mirada al interior de este ecosistema, se nos presentan hoy diferentes «reveses» que vienen sufriendo las fuerzas de derecha en América Latina: la tentativa golpista fallida de los seguidores de Bolsonaro en Brasil, el retorno del MAS y el fracaso de la protestas contra la detención de Camacho y del paro cívico de 2022 en Bolivia, el naufragio de Guaidó en Venezuela, la derrota de Kast en Chile en 2021, entre otros.<sup>16</sup>

El panorama es diferente si vemos más allá del ecosistema político y contemplamos el papel de los propios progresismos de la región en los procesos de desmovilización que allanaron el avance de la derecha. Antes

---

<sup>14</sup> Si a principios de siglo la región contó con mayores márgenes de autonomía respecto al imperialismo norteamericano, que había concentrado sus esfuerzos en Medio Oriente, durante la segunda década del siglo XXI, bajo la presidencia de Obama, esto comenzó a cambiar, de la mano del giro hacia Asia de la política exterior estadounidense, y siendo para entonces China primer socio comercial de muchos países clave de la región.

<sup>15</sup> Aníbal Pérez-Liñán, *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad en América Latina*, Bs. As., FCE, 2009, p. 71.

<sup>16</sup> Claudio Katz, “Embustidas y fracasos de la derecha en América Latina”, en *Jacobin Latinoamérica*, 17 de enero de 2023, disponible en <https://jacobinlat.com/2023/01/17/embustidas-y-fracasos-de-la-derecha-en-america-latina>.

nos referíamos al rol del MAS en Bolivia, pero los ejemplos pueden multiplicarse. En Chile, escenario de la principal revuelta latinoamericana de 2019, se desarrollaron movilizaciones masivas al grito de “fuera Piñera” y contra el régimen pospinochetista. El 12 de noviembre de 2019, hubo un paro general histórico, el más importante desde la caída de la dictadura. Fue parcial, pero se paralizaron, por ejemplo, la mayoría de los puertos. Hubo piquetes en las periferias de las «poblaciones» y muchos enfrentamientos con carabineros y el ejército. La Mesa de Unidad Social, el Frente Amplio y el Partido Comunista fueron clave en contener el proceso y evitar la caída de Piñera por la acción de masas. El régimen lanzó inmediatamente el “Acuerdo por la Paz Social y la nueva Constitución” como una maniobra destinada a desactivar la revuelta con la anuencia de Boric. En paralelo a la desmovilización, emergió con fuerza el neorreformismo, con el propio Boric a la cabeza llegando a la presidencia. El resultado es que hoy en Chile los problemas planteados por aquella revuelta de 2019 siguen sin resolverse y, actualmente, está en curso un nuevo «pacto constitucional» aún más restringido y moldeado a medida de la derecha que el anterior.<sup>17</sup>

En Perú tenemos el ejemplo más reciente. Un país que viene atravesando una crisis orgánica muy profunda, donde ningún presidente logra terminar su mandato y existe una gran crisis social. Hubo importantes luchas entre 2020 y 2021: huelgas de la salud, también de los trabajadores agrarios y la lucha juvenil de 2020 contra el gobierno ilegítimo de Manuel Merino, que lo obligaron a renunciar con importantes movilizaciones que enfrentaron la represión. El propio Castillo emergerá de una de las primeras luchas de este ciclo que, junto con las huelgas de los trabajadores mineros, se dio hacia 2017 en educación. En su campaña, Castillo había propuesto una asamblea constituyente y una reforma agraria, entre otras medidas. Una vez en el gobierno, se plegó sistemáticamente a la presión de los grupos de poder y adoptó una política típicamente neoliberal. A las luchas populares que se le opusieron las enfrentó con represión. Así contribuyó a la desmovilización de su propia base social, que se oponía a la continuidad de las políticas neoliberales pero que carecía de alternativa. En este escenario, se montan lo más concentrado de la burguesía y la derecha fujimorista. Castillo hace un intento bonapartista fallido y el parlamento termina dando un golpe institucional contra él.<sup>18</sup>

Uno de los procesos más «completos» en este sentido se expresó en la historia reciente de Brasil. Las jornadas de junio de 2013, si bien no constituyeron una revuelta, marcaron una importante irrupción de masas, seguida en los meses siguientes por una oleada de huelgas «salvajes» que sobrepasaron a la dirección de la CUT. Marilena Chaui, así como buena parte de la intelectualidad petista, sostuvo que aquellas jornadas fueron intrínsecamente de derecha y que marcaron el inicio del camino que llevaría al gobierno a Bolsonaro.<sup>19</sup> Sin embargo, como reconocen los más críticos, fue el propio PT, gobernando durante años en beneficio del capital y asimilando sus métodos,<sup>20</sup> el que abrió aquel camino. Frente a la crisis y las movilizaciones de 2013, respondió avalando la represión y con nuevos ataques al pueblo trabajador, nombrando al neoliberal Joaquim Levy como ministro de Hacienda para encarar los ajustes. Contribuyó así a la desmoralización de su base social<sup>21</sup> y le allanó el camino a la derecha que levantó sus propias banderas «hegemónicas» con la *Lava Jato* y

<sup>17</sup> Pablo Torres y Fabián Puelma, “Un nuevo pacto constitucional: el regreso de la ‘democracia de los acuerdos’”, en *Ideas Socialistas*, 18 de diciembre de 2022, disponible en <https://www.laizquierdadiario.cl/Un-nuevo-pacto-constitucional-el-regreso-de-la-democracia-de-los-acuerdos>.

<sup>18</sup> José Rojas, “Golpismo parlamentario y levantamiento popular en el Perú”, en *Ideas de Izquierda*, 18 de diciembre de 2022, disponible en <https://www.laizquierdadiario.com/Golpismo-parlamentario-y-levantamiento-popular-en-el-Peru>.

<sup>19</sup> *Boitempo*, “Pós-eleições: construindo a resistência. Vladimir Safatle, Marilena Chaui, André Singer e Ruy Braga”, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=ux4rh0cHL7g&feature=youtu.be>.

<sup>20</sup> Luis Felipe Miguel señala que: “La presencia de un partido de izquierda en la administración federal exigía toda la contención del mundo, con el fin de no generar ningún tipo de desestabilización. Sindicalistas y líderes de movimientos sociales diversos fueron llamados a ocupar posiciones en los gobiernos petistas. Aunque esto afianzara que hubiera sensibilidad dentro del estado a las demandas de esos grupos, sobreponía a ellas las preocupaciones de gobierno y alentaba que las conversaciones entre bambalinas sustituyeran la movilización como forma de alcanzar resultados. Como regla, en el período petista la preocupación principal del campo popular fue proteger al gobierno. Las presiones sobre él vinieron casi siempre sólo de la derecha”. Prefacio a *La verdad vencerá* de Lula da Silva, Bs. As., Octubre, 2018, p. 32.

<sup>21</sup> Esto es reconocido por el propio Lula. Véase *La verdad vencerá*, ob. cit., p. 149.



movilizó a las clases medias (con sus sectores más acomodados a la cabeza) para dar el golpe institucional y procribir a Lula, lo que posibilitó el ascenso de Bolsonaro. Hoy, el nuevo gobierno de Lula tiene como punto de partida, no solo la consolidación del bolsonarismo y el peso de los militares, sino también una amplia gama de «reformas estructurales» neoliberales que –todo indica– no se desandarán.

En síntesis, los ciclos políticos que vivió América Latina en el último tiempo con la sucesión de gobiernos de derecha y progresistas, no fueron en ningún caso gratuitos, sino que redundaron en una degradación creciente de la situación para el movimiento de masas. Los reveses sufridos por la derecha, que mencionábamos al principio, solo pueden ser evaluados estratégicamente desde este cuadro más amplio. La conclusión, desde el punto de vista de lucha de clases, es que el desafío no consiste solo en evitar que los movimientos sean derrotados por la represión directa, sino también en evitar que se transformen en base de maniobra de políticas neorreformistas o populistas de izquierda, o que queden reducidos a la mera resistencia.

### Articulaciones alternativas

Esto nos lleva a un gran problema estratégico, que tiene muchas aristas. De todas ellas, aquí abordaremos solamente algunas: cómo poder quebrar la relación circular entre procesos de movilización e institucionalización/desmovilización, para dar lugar a un desarrollo políticamente independiente de las diferentes fracciones que, en cada lugar, se disputan la administración del capitalismo. Retomando algunas de las tesis que desarrollamos en *De la movilización a la revolución*,<sup>22</sup> podríamos abordar este problema en contrapunto con las tesis de Ernesto Laclau –en particular en *La razón populista*– que expresa un abordaje similar al que realizan en la práctica los populismos de izquierda o neorreformismos del siglo XXI, para contraponerlo a una articulación estratégica desde una perspectiva revolucionaria.

En *La razón populista*, Laclau va a encontrar las unidades más pequeñas –a partir de las cuales es posible identificar la práctica articuladora populista– en la categoría de “demandas sociales”; y, dentro de ella, la de “demandas populares”, que, en vez de permanecer aisladas, pasan a articularse con otras demandas, dando lugar a una subjetividad más amplia. Con la articulación de las demandas populares, dice el autor, se “comienza así, en un nivel muy incipiente, a construir al ‘pueblo’ como actor histórico potencial”<sup>23</sup>. Cada demanda insatisfecha posee, como si dijéramos, dos partes: una parte que refiere a un contenido particular –*corporativo*, podríamos decir– que la distingue del resto, y otra que refiere a la promesa de una comunidad más plena implicada en la satisfacción de cada demanda en cuestión. La primera daría origen a una lógica de la diferencia, que remite a lo que las demandas tienen de distinto; la segunda, a una lógica de la equivalencia, que remite a lo que tienen en común. A partir de esta segunda lógica, se haría posible la articulación de demandas –se constituiría una *cadena equivalencial*–, en tanto estas son vistas como opuestas a un determinado sistema de poder que las rechaza. Dentro de esta cadena, un significante potencialmente cualquiera (por ejemplo, “interés nacional”, “patria”, o el propio nombre de un líder como Perón) se eleva sobre el resto como equivalente general. De esta forma, va surgiendo un “campo popular”, en principio indeterminado, y también una frontera interna antagónica que separa al pueblo del poder establecido.

Una característica de este enfoque es que, limitada a su dimensión simbólica, la diferencia entre demandas diferentes y antagónicas tiende a diluirse<sup>24</sup>. Lo que encontramos teorizado en Laclau –no críticamente, por

<sup>22</sup> Matías Maiello, *De la movilización a la revolución*, Bs. As., Ediciones IPS, 2022.

<sup>23</sup> Ernesto Laclau, *La razón populista*, Bs. As., FCE, 2005, p. 99.

<sup>24</sup> De hecho, Laclau y Mouffe lo plantean explícitamente: “Desde el punto de vista estrictamente clasista no hay identidad alguna entre los distintos sectores del polo popular, ya que cada uno de ellos tiene intereses diferenciados e incluso antagónicos; pero la relación de equivalencia que se establece entre ellos, en el contexto de su oposición al polo dominante, construye una posición discursiva ‘popular’ diferente e irreductible a las posiciones de clase”. E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Bs. As., FCE, 2011, p. 110.

cierto– es una especie de fetichismo de las demandas, donde estas se independizan de quienes las formularon y parecen adquirir la capacidad de articularse por sí mismas. Quedan así en las sombras los intereses de las clases y fracciones de clase, los enfrentamientos entre estas (con sus victorias y derrotas), todas las luchas políticas –e incluso físicas– dentro del proclamado “campo popular” y las determinaciones estructurales de las crisis. Es decir, todo aquello que, en un momento histórico determinado, está por detrás de la emergencia de una particular articulación política contingente. Bajo este tipo de fetichismo, los agentes históricos que sostienen las “demandas populares” tienden a disolverse.

Ahora bien, esta dinámica caracterizada por la articulación puramente contingente de demandas está inscrita en la reproducción «normal» de los regímenes democrático-burgueses, tal como fueron moldeados por el neoliberalismo en las últimas décadas. Sin embargo, la fluidez de los significantes, según la teorización de Laclau, presupone situaciones en las cuales las relaciones –discursivas en este caso– transcurran normalmente, donde los conflictos contingentes se sucedan y la mera administración sea suficiente para el mantenimiento del orden social. A medida que nos alejamos de este tipo de escenarios, el tranquilo pluralismo de los adversarios contingentes tiende a dejar su lugar a un antagonismo más radical donde los actores tienden a «sustancializarse» de cara al choque –no solo discursivo sino físico– entre fuerzas sociales y/o políticas.

En particular, es en las situaciones revolucionarias cuando los antagonismos políticos adquieren su mayor intensidad, cuando irrumpe el sentido más profundo de las demandas. A diferencia de lo que sostiene Laclau, las demandas no se agotan en su dimensión simbólica –sea la de sus contenidos particulares o la de aquello que tienen en común con otras–, sino que muchas de ellas –sobre todo si son capaces de llevar a la movilización colectiva– encierran una dimensión *existencial*. Esta dimensión hace a las condiciones para determinado modo de vida y, en algunos casos, a la supervivencia física misma de quienes sostienen aquellas demandas. Para una perspectiva que apunte del pasaje de la revuelta a la revolución, esta dimensión existencial se transforma un punto de partida central para la articulación política.

La incorporación de esta dimensión tiene amplias consecuencias. Retomando el abordaje de León Trotsky sobre este problema, podríamos decir que, en primer lugar, no se trata de una relación entre «tareas» y «sujetos» o «agentes» en general, ni tampoco de una articulación discursiva de «demandas» como medio para la constitución de una «identidad popular» *per se*, sino de la “realización íntegra y efectiva” de las demandas.<sup>25</sup> Desde esta perspectiva, pasa a primer plano el problema de la articulación de las fuerzas políticas y sociales capaces de lograr aquella «realización» de las demandas –o dicho con más propiedad, de los fines del movimiento–, así como la delimitación de las fuerzas cuyos intereses se oponen a ellas.

Esta cuestión plantea el problema del desarrollo de nuevas instituciones para la unificación y coordinación de los sectores en lucha. El objetivo pasa a ser quebrar la resistencia de los aparatos burocráticos para desplegar una estrategia de autoorganización capaz de articular aquello que se ha fragmentado durante décadas de ofensiva neoliberal. Es decir, unir a los diferentes sectores de la clase trabajadora (precaria, desocupada, sindicalizada, etc.) junto con el movimiento de mujeres, estudiantil, medioambiental, antirracista, etc., en la perspectiva de constituir un poder alternativo que sea capaz de derrotar al estado capitalista. Este tipo de organismos también son clave, durante el desarrollo de los procesos de lucha de clases, para que los sectores más conscientes puedan influir sobre los más conservadores. Sin el desarrollo de este tipo de instituciones, es imposible abordar el problema de la institucionalización/desmovilización en términos revolucionarios; lo cual no implica, cabe aclararlo, que aquellas instituciones sean condición suficiente para ello.

---

<sup>25</sup> León Trotsky, “¿Qué es la revolución permanente? (Tesis fundamentales)”, en *La teoría de la revolución permanente*, Bs. As., Ediciones IPS-CEIP, 2011, p. 354.

En las recientes revueltas, la primacía de las formas ciudadanas atomizadas fue un factor central para impedir enfrentar con éxito al aparato estatal. Las diferentes burocracias sindicales y «sociales» –en muchos casos, demasiado débiles para canalizar el descontento– fueron lo suficientemente fuertes –en buena medida por su vínculo con el estado– para mantener a los sectores organizados separados de los sectores desorganizados y, en el movimiento obrero, para evitar que este se exprese con sus métodos propios (huelga general). Esta configuración permitió a los gobiernos separar dentro de los movimientos –e incluso geográficamente– a los dos sectores protagonistas de estos procesos. Por un lado, aquellos más golpeados por la ofensiva capitalista neoliberal de las últimas décadas (que, como señalamos, quedaron por fuera); y, por otro lado, aquellos que, aunque «perdedores» de ese período, lo fueron en forma «relativa», logrando de alguna manera cierto avance, pero viendo sus expectativas de progreso frustradas por la crisis. Sobre esta división se basaron los gobiernos, para intentar canalizar y reprimir las protestas distinguiendo los manifestantes supuestamente «buenos» y «legítimos», de los «violentos» e «incivilizados». Para los primeros, se ensayaron durante los procesos diferentes tipos de concesiones, buscando sacarlos de la calle para poder aislar a los segundos y criminalizarlos.

Esta operatoria se reitera en cada uno de los procesos, y cumple un papel importante para desgastarlos, desactivarlos o directamente derrotarlos de modo prematuro, impidiendo su desarrollo hacia procesos revolucionarios. Nuestra hipótesis estratégica es que la posibilidad de desactivar este mecanismo depende –desde un punto de vista anticapitalista, socialista y revolucionario– de una articulación hegemónica alternativa en torno a un núcleo de clase. Esta no presupone una clase trabajadora que emerge idealmente como sujeto de la propia estructura, sino una que se encuentra fragmentada y separada de sus potenciales aliados, por diversos obstáculos organizativos, sociales y culturales. Tampoco presupone una «identidad de clase» ya dada, sino subjetividades que se constituyen en determinado momento histórico –con todo lo que ello implica en la actualidad, luego de décadas de ofensiva neoliberal con su exaltación del individualismo «emprendedurista», el consumismo, etc.– a través de la disputa entre diferentes tendencias políticas y la lucha contra burocracias ligadas al estado capitalista, las cuales actúan al interior de la clase trabajadora. De allí la importancia de la lucha programática, estratégica e ideológica.

### Hipótesis estratégicas

En su famoso prólogo a la *Historia de la Revolución Rusa*, Trotsky sintetiza algunos elementos de una teoría de los cambios políticos revolucionarios. Al contrario de lo que podría dictar el sentido común, toma como punto de partida el carácter profundamente conservador de la psiquis humana. Las instituciones no cambian jamás en la medida en que la sociedad lo necesita. Aun cuando estas se encuentren en una profunda crisis, pueden pasar largos períodos donde las fuerzas de oposición no hacen más que oficiar de válvula de escape para descomprimir el descontento de las masas, y así garantizar la estabilidad del régimen social dominante. Es el caso, hoy, de todo tipo de progresismos o populismos de izquierda. Este carácter crónicamente rezagado de las ideas y las relaciones humanas respecto a las condiciones en las que están inmersas hace que, cuando estas últimas se desploman catastróficamente, volviendo insoportable el orden establecido para las mayorías y determinando su irrupción en el escenario político, los cambios en la subjetividad superen en pocos días a los de años de evolución pacífica.<sup>26</sup>

Esta compleja discordancia de tiempos entre las crisis económicas, políticas o militares, por un lado, y la subjetividad del movimiento de masas, por otro, es lo que hace indispensable la preparación estratégica. Las revueltas muestran que la energía del movimiento de masas ha comenzado a desplegarse. Pero como

---

<sup>26</sup> Véase León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Bs. As., Ediciones IPS-CEIP, tomo I, 2017.

señalaba con razón Antonio Gramsci: “Se puede excluir que, por sí mismas, las crisis económicas inmediatas produzcan efectos fundamentales; solo pueden crear un terreno más favorable a la difusión de ciertos modos de pensar, de plantear y resolver las cuestiones que implican todo el desarrollo ulterior de la vida estatal”<sup>27</sup>. Este terreno, en el que tienen lugar los procesos de la lucha de clases y los fenómenos políticos hacia derecha o izquierda, es el escenario de muchas de las disputas actuales en las que se dirime el porvenir. La preparación y los combates librados en el aquí y ahora son determinantes para definir el curso de los procesos una vez que se agudiza el enfrentamiento de clases.

En este sentido, una de las grandes cuestiones es si, llegado el momento de grandes choques históricos, existen organizaciones revolucionarias con la suficiente fortaleza para aprovecharlo políticamente y evitar que la energía desplegada por las masas se disipe en torno a variantes reformistas, o bien, caiga en la impotencia frente a los golpes de la reacción. La respuesta depende de cómo una organización de este tipo, al tiempo que interviene en todos los terrenos de la lucha de clases –sindicatos, movimientos sociales, elecciones, debates teóricos–, es capaz de ir más allá de la rutina gremial, electoral o *movimientista*. Esto implica derribar las barreras políticas e ideológicas que, entre otras cosas, imponen la percepción de la clase trabajadora como un mero conjunto de asalariados, o como sumatoria de ciudadanos atomizados, para interpellarla como clase productora de la sociedad, con toda la potencialidad que esto guarda para la lucha por un socialismo revolucionario desde abajo, capaz de reconfigurar la sociedad sobre nuevas bases.

A pesar de los enormes cambios que ha sufrido la clase trabajadora en las últimas décadas, y de su gran fragmentación, lo que no cambió –e incluso se desarrolló más– es aquello que le da su fuerza distintiva. Por un lado, el detentar todas las «posiciones estratégicas» que ocupan determinadas fracciones de la clase en el transporte, en la industria, en servicios, etc., las cuales –como señala John Womack<sup>28</sup> condicionan el funcionamiento del amplio entramado del capitalismo, resultando claves para paralizarlo (huelga general). Por otro lado, en un plano más general, el papel central de la clase trabajadora –globalmente considerada– en la producción capitalista; papel que le otorga, en perspectiva, un lugar fundamental para una potencial reorganización económica de la sociedad sobre nuevas bases.

A su vez, el hecho de que buena parte de quienes conforman la clase trabajadora se encuentren en la *intersección* de muchos de los movimientos actuales, les otorga un potencial hegemónico muy significativo como articuladores de un poder independiente capaz de aglutinar al pueblo explotado y oprimido en una lucha revolucionaria contra el capitalismo. Como señalaba Franck Gaudichaud a propósito de Chile: “Sin los asalariados organizados, las luchas territoriales, indígenas, educacionales, ecologistas, feministas y pobladoras no podrán superar el modelo, y menos aún ‘derrumbarlo’, aunque demostraron gran capacidad de movilización e incluso de conquistar victorias notables frente al estado o grandes empresas extractivas. Pero sin los otros movimientos sociales y las comunidades en lucha, el movimiento obrero está condenado a seguir hundido en la fragmentación y a reivindicar, solo para algunas fracciones asalariadas, cuotas de mejoras parciales”<sup>29</sup>.

En las últimas décadas, con el retroceso de los sindicatos y el salto en su estatización, pasó a primer plano la función de las burocracias sindicales como garantes de la fractura de clase, al tiempo que se desarrollaron en paralelo «nuevas» burocracias de los llamados *movimientos sociales*. Si los sindicatos fueron expulsando sectores de la clase trabajadora de sus filas, en un escenario de crecimiento exponencial de la precarización del trabajo, los movimientos sociales fueron crecientemente estatizados, a través del accionar de ministerios

<sup>27</sup> Antonio Gramsci, “Análisis de las situaciones: relaciones de fuerza” (Q13, §17), en *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, *op. cit.*, p. 39.

<sup>28</sup> John Womack, *Posición estratégica y fuerza obrera*, México, FCE, 2007, p. 50 *et sq.* Y para una crítica del abordaje de Womack, *vid.* Emilio Albamonte y Matías Maiello, *Estrategia socialista y arte militar*, Bs. As., Ediciones IPS, 2017, p. 79 *et sq.*

<sup>29</sup> Franck Gaudichaud, “Pensando las fisuras del neoliberalismo ‘maduro’. Trabajo, sindicalismo y nuevos conflictos de clases en el Chile actual”, en *Theomai*, n° 36, 2017.

o secretarías específicas, del desarrollo de las ONG, de la administración de la asistencia estatal, etc. Se trata, sin embargo, de burocracias mucho más débiles que aquellas que marcaron el siglo XX.

La forma que ha adoptado la crisis actual con la guerra de Ucrania ha renovado en Europa la actividad del movimiento obrero: está enfrentando la inflación, que en algunos casos no se veía desde hace décadas. Particularmente en el Reino Unido, donde se registran huelgas protagonizadas por personal de enfermería, paramédicos, trabajadores del correo, empleados de ferrocarriles, bomberos, choferes del transporte público y profesores universitarios, entre otros. En Francia, la lucha contra la reforma previsional de Macron se ha transformado en un verdadero movimiento de masas de todas las capas de la clase trabajadora, extendido a escala nacional. Siendo una de las características distintivas del ciclo de lucha de clases de 2019 su extensión internacional, parece difícil que, de desarrollarse estas tendencias, el movimiento obrero latinoamericano se mantenga al margen de ellas.

Ante el escenario actual de fragmentación del movimiento obrero y retroceso de las fuerzas revolucionarias, si la izquierda afronta un peligro es el de terminar adaptando la propia actividad a las estructuras con las que el estado busca «organizar» el consenso activo de las mayorías. La cuestión no debería consistir en plegarse a algún tipo de articulación populista o neorreformista sino, a la inversa, pugnar por «ordenar» el escenario político en clave *clasista*, es decir, de lucha de clases. Sin embargo, durante lo que va del siglo XXI, la izquierda –la *extrême gauche*, dirían en Francia– ha apostado por diferentes proyectos neorreformistas o populistas de izquierda que han fracasado sistemáticamente. Recientemente el PSOL, el partido más importante de izquierda en Brasil, que en su momento había surgido de una escisión del PT, volvió a encolumnarse detrás de este partido y del gobierno de Lula-Alckmin. El Frente de Izquierda y de los Trabajadores Unidad (FITU) en Argentina, con un programa de independencia de clase y a favor de un gobierno de trabajadores, aún es una excepción en este panorama.

Para que reemerja una nueva izquierda revolucionaria, el primer paso es una ruptura con la concepción de la política hoy prevaleciente, como sinónimo de integración al estado. La historia no se repite: el movimiento obrero, como actor fundamental de la política mundial, no volverá a surgir de la mano de un desarrollo evolutivo, como a finales del siglo XIX y principios del XX. Tampoco es dable esperar que una dinámica revolucionaria como la abierta por la Revolución Rusa en 1917 surja *ex nihilo* producto de la «catástrofe permanente», o del supuesto de que las masas están ubicadas a 180 grados de sus direcciones.

Sin partidos que se propongan intervenir en todos los ámbitos (sindicatos, movimiento estudiantil, de mujeres, contra el cambio climático, contra el racismo, en las elecciones, en los parlamentos o donde sea) con el norte de una perspectiva basada en la autoorganización y la emergencia de un poder alternativo de la clase trabajadora, difícilmente será posible, frente a procesos de radicalización, articular las fuerzas materiales capaces de unificar a la mayoría de la clase trabajadora y las masas para luchar por una nueva hegemonía, bajo un programa socialista revolucionario.

La *Realpolitik* o el «realismo político» suelen ser identificados como el sacrificio de los objetivos estratégicos a los intereses del momento. Pero, como señalara Rosa Luxemburg, la *Realpolitik* de la clase trabajadora es necesariamente revolucionaria “en la medida en que, a través de todas sus luchas parciales, apunta como totalidad más allá del marco del orden existente en el que trabaja, en la medida en que se considera conscientemente a sí misma solo como la etapa preliminar del acto que volverá la política del proletariado dominante y subversiva”<sup>30</sup>.

---

<sup>30</sup> Rosa Luxemburg, “Karl Marx”, cit. en Guillermo Iturbide, “Rosa Luxemburg y el freno de emergencia de la historia”, en R. Luxemburg, *Socialismo o barbarie (compilación)*, Bs. As., Ediciones IPS, 2021, p. 13.